

EN NAVIDAD ES MEJOR NO PREGUNTAR

Ahora que celebramos la natividad del *hijo del hombre*, ahora que la ciudad se engalana de luces, belenes vivientes y árboles decorados, ahora que las gentes deambulan cargadas con paquetes y bolsas multicolores, ahora que las fechas de la inocencia se renuevan entre los fríos invernales, ahora que ya supero la cuarentena, recuerdo vivamente mis años de niñez y me parece escuchar a mamá cuando me decía que en Navidad es mejor no preguntar.

Cuando supe la verdad, cuando descubrí el montaje y la leyenda dio paso al convencionalismo social, comprendí que éramos parte de una mentira colectiva, de un bienintencionado fraude a la niñez orquestado por fácticos poderes que mezclaban ilusión y tradición a partes iguales en el guiso navideño en que amasaban sus fortunas. Pero cuando veía la sonrisa de mis hijos al batallar ansiosos con los envoltorios de sus presentes el día de Reyes, quise ser parte del engaño y muchas veces pronuncié, cual muletilla recalcitrante, aquel *en Navidad es mejor no preguntar...*

Reconozco que sentí un poco de vergüenza, de indignidad, cuando comencé a sospechar de mi marido y decidí jugar a los detectives. Pero esa sensación se borró de un plumazo al conocer la verdad. Mi madre, mujer sabia, también decía que yo tenía un olfato extraordinario. Y es cierto. Primero no quise creerlo. Luego la sospecha se abrió paso hasta mi conciencia a través de mis fosas nasales. Y al tercer día consecutivo tuve la certeza: Alberto emanaba un aroma a perfume femenino ajeno a mi tocador. Tampoco se asemejaba al Anais Anais de su secretaria.

Mi primera pesquisa fue identificar el producto, en la perfumería más próxima donde se exponían muestras gratuitas de las diferentes marcas a la venta, como un Nina Ricci del que, sin lugar a dudas, carecía mi repertorio. Así pues, mi marido me engañaba con otra, no había duda. Y, mientras olfateaba aquel frasco, envuelta en indignación, tuve que reconocer que me era adúltero con una mujer de gusto refinado. Incluso llegué a pensar, imbécil de mí, que ya era hora de cambiar de colonia y que ese Nina Ricci me encantaba.

Durante los siguientes días no me separé de él ni un minuto, pero el lunes era laborable y debía ir al despacho a trabajar. Entretuve mi paciente espera leyendo, echando disimuladas miradas por encima del borde superior del libro, allí, sentada en la terraza, pasando un frío de mil demonios, escondida en el café de la esquina de enfrente del edificio de su despacho. A la una lo vi salir apresuradamente, y me sentí sucia persiguiéndolo por la ciudad como una detective aficionada, a veinte pasos de distancia por detrás de él, disimulando en los escaparates cuando se detenía, escondiéndome puerilmente tras el periódico, e inventando una improvisada excusa en caso de que me sorprendiera por cualquier desliz mío. Pero a trancas y barrancas llegamos hasta una joyería de la calle Botero. Un establecimiento de relumbre que exhibía en sus escaparate maravillosas sortijas, pendientes, pulseras y aquella fabulosa gargantilla de brillantes que, ahora lo recordaba, yo misma le había dicho a Alberto, hacía más de un mes en un paseo cotidiano, que me hacía una ilusión bárbara.

¡Imbécil, imbécil, imbécil! Yo dudando de mi marido, cuando él todo lo que quería ocultar era la inmensidad de su amor, cuando él sólo quería sorprenderme con un extraordinario regalo navideño que sabía haría que me derritiera y me lo comiera a besos. Razón tenía mamá: en Navidad es mejor no preguntar.

Sin embargo, el recuerdo sensorial de aquel perfume me quemaba, y la sospecha todavía me acompañaba cuando me alejé distraídamente del establecimiento al salir Alberto, supongo que encaminándose de nuevo a su despacho, y yo entré dos minutos después preguntando a la dependienta por no sé que burda excusa disfrazada de interés por ese bonito broche de oro bañado. Me acerqué con ensayada complicidad a la hermosa joven de cobrizo cabello y ojos verdes para confesarle que difícilmente podía pagarlo pero que en Navidad un capricho era un capricho. Una artimaña de aproximación que me permitió inhalar su aroma y confirmar que, efectivamente, se trataba del mismo Nina Ricci de la perfumería,..., y del cuello de la camisa de mi marido. Era ella, sin duda. Misterio resuelto.

Al salir, lloré mi mezquindad y me dije que no era digna de Alberto. La vergüenza me inundó pensando en todos los esfuerzos que mi marido estaría haciendo, matándose a trabajar para conseguirme aquella caprichosa gargantilla tan cara. Lo imaginé un primer día pasando por el escaparate de la joyería y pensando en mí, en lo mucho que me quiere y preguntándose si no podría él hacer un esfuerzo y comprármela, y entrando a preguntar por el precio. Y lo veo al día siguiente volviendo a preguntar, quizás intentando negociar una rebaja, quizás valorando la posibilidad de adquirir alguna otra alhaja algo más barata y ajustada a nuestro presupuesto, agitando tozudo la cabeza y maldiciendo nuestra pobreza y decidiendo, ¡maldita sea, ella bien lo vale!, que esa gargantilla sería suya. Sería mía. Y volviendo un tercer día más, a apalabrar el trato o a preguntar si se podía financiar a tres meses, o quizás haciendo el encargo y prometiendo pasar a recogerlo en otra posterior visita, y mientras todo esto sucedía la joven del Nina Ricci impregnaba con su esencia el cuello de la camisa y la chaqueta de mi marido.

¡Qué tonta había sido! ¡Qué injusta! Ya lo decía mi mamá: en Navidad, mejor no preguntes.

Esta vez no fue mi amor sincero, ni la tradición, ni el convencionalismo consumista. No. Fueron los remordimientos que me quemaban por dentro quienes me empujaron insistentemente a la calle, a buscarle a Alberto un regalo digno capaz de enjugar mi mezquina desconfianza, mis celos injustificados, y compensar su infinita generosidad. No quería que se me quedase cara de idiota cuando el día de Reyes yo abriese el envoltorio de la gargantilla y él desenvolviese la enésima corbata roja que siempre le regalo. No era justo. Él merecía mucho más. “¿Dónde vas?” preguntó cuando me vio ponerme el abrigo. “A casa de mi madre”, mentí. En Navidad la mentira piadosa es moneda de uso común, ¿verdad? “Volveré tarde, que hoy voy a hacerle la cena”, improvisé al darme cuenta de que aún no sabía qué regalarle y que quizás la tarea sería mucho más laboriosa de lo que en un primer momento había supuesto. “De acuerdo”, contestó él distraídamente.

Fue mucho más rápido de lo que pensaba. Casi me costó más esperar en la cola de la caja para pagar que decidir gastarme una pasta gansa, como dicen mis hijos, en aquella Blackberry por la que siempre suspiraba mi marido. Pero el recuerdo de la costosa gargantilla y de mi desconfianza me convenció rápidamente. Maldije mi mala suerte al

comprobar que mi tarjeta de crédito estaba caducada y convencí al joven vendedor para que me reservara el artículo mientras iba en busca de efectivo. Al salir de la tienda comencé a urdir mentalmente una excusa para volver a casa, pues se suponía que yo estaba atendiendo a mi anciana madre, y no sabía cómo iba a pedirle a Alberto dinero en metálico. Pero algo se me ocurriría. Sonreí para mis adentros pensando que, ante sus inevitables preguntas, le respondería algo así como... *en Navidad, es mejor no preguntar*. Y ensayé, frente al escaparate por el que pasaba en ese momento, una sonrisa picaresca.

Al llegar a casa escuché al fondo, en el dormitorio, los inequívocos sonidos de mi estupidez. Y recordé la sentencia machacona de mi madre, *en Navidad es mejor no preguntar*, cuando me pregunté, al abrir la puerta, que hacía desnuda aquella pelirroja de ojos verdes impregnando las sábanas de mi cama con su aroma a Ninna Ricci y por qué mi marido besuqueaba indecentemente sus muslos.